

todo lo que fuere su voluntad, es la llave que da entrada al hombre para Dios y á Dios para el hombre. Porque tanto cuanto más el hombre sale de sí, tanto más lugar deja á Dios para entrar en él.



CAPITULO XX

DEL MAYOR IMPEDIMENTO QUE TIENE LA VIDA
ESPIRITUAL, QUE ES EL AMOR PROPIO

QUY á cuento nos viene en este lugar tratar del mayor impedimento que tiene la vida espiritual, y que de todo punto quita la libertad de aspirar á Dios por actos anagógicos, que es el amor propio, raíz y fundamento de todos los males, fundador de Babilonia y enemigo capital del divino amor. Para cuya mayor inteligencia se debe notar que en nuestra alma no puede haber dos cosas principalmente amadas, sino una sola, en virtud de la cual se han de amar las demás que se amaren, y ésta ha de ser forzosamente ó Dios ó alguna criatura. De donde se sigue que si el amor primero que hay en nosotros no es de Dios, ha de ser de criatura. Mas porque entre todas á aquélla se inclina con mayor propensión la voluntad, que le es más conjunta y vecina, pudiendo, como puede, aplicar á sí misma su amor y quererse como si fuera cosa de sí misma distinta, necesariamente, si

Dios no fuere la cosa primera y principalmente amada, lo ha de ser nuestra voluntad, como más aneja y allegada á nosotros. De manera que no hay dar medio ni tercero amor, sino que ó ha de ser Dios el que ha de tener en mí el primero y principal lugar, ó yo mismo. Por lo cual, solos estos dos amores de Dios y propio son entre sí capitales enemigos, y que en ninguna manera se compadecen en el alma; y esto por razón del primado que cada uno pretende en la voluntad. Si el amor de Dios fuese el primero y buscarse lugar el propio, no sería posible que le tuviese primero, sino segundo, y al contrario: porque ú os habéis de amar á vos por Dios, ó á Dios por vos; porque, debajo de razón de primero y principal, no puede haber más que un amor, como ni dos cabezas para un cuerpo, ni dos desposados para una esposa, ni dos Pontífices sumos en la Iglesia. De aquí es que el amor de Dios, en cuanto primero, no tiene ningún enemigo en nuestra voluntad, sino el amor propio, que sólo puede hacerle guerra y ocupar aquel lugar, aunque injustísimamente, por cierto, porque de derecho natural, y por confesión de todas las criaturas, esta prerrogativa de ser primero y principalmente amado, á sólo Dios se debe. Y aun, como arriba dijimos (tratando del amor en común), la naturaleza del mismo amor lo pide así, por no haber cosa digna del nuestro, en cuanto primero, sino sólo Dios, el cual, enseñoreándose de nuestra voluntad, y teniendo

el primado (como es razón y deuda), es ordenado, justo, verdadero y recto, y la primera justicia y rectitud de la voluntad. Pero, siendo el amor propio el primero, por ser contra todo derecho natural y divino, es desordenado, falso, injusto, torcido é indebido contra Dios, contra la verdad y contra el orden de naturaleza, y es la primera injusticia, la primera desordenación, la primera injuria y ofensa de Dios, el primer mal y el primer vicio y oblicuidad. De manera que, cuando me doy á mí mismo, el primer amor que no me debo, y se lo niego á Dios, cuyo es y al cual sólo le pertenece, ofendo gravemente á Su Majestad, le hago grande injusticia, menospréciole y quítrole en cuanto puedo su honra, y por consiguiente me hago Dios, que es la mayor maldad que puedo cometer, porque derechamente le quito el primado que de derecho se le debe, y cuanto es de mi parte le destruyo y aniquilo y hago que, siendo Dios, no lo sea.

De aquí nace la mayor contrariedad y enemistad que se puede imaginar entre Dios y el hombre. Entenderse ha esto mejor si recurrimos á la naturaleza del amor, que es convertir, mudar y transformar el amante en la cosa amada. Pues como amando yo cualquiera cosa fuera de mí me convierto en ella, según largamente queda probado, amándome á mí mismo claro está que me convierto en mí mismo y me hago á mí mismo fundamento propio mío fuera de Dios, y contra Dios sígome y ámome como á último fin,

y cualquiera otra cosa que ame á mí por mí ó á mí en ella, soy mi señor y no reconozco otro, lo cual es propio de sólo Dios, que no tiene superior á Sí ni á su voluntad; y así, cuando yo amo la mía, quiero aquello que quiero por ella, á la cual sólo sigo quitando á Dios su corona, que es poder amar y seguir su propia voluntad, regla y nivel de todo lo bueno. Y porque del amor de sí mismo se sigue la propia voluntad, se sigue también en el alma, que ama la suya, derechamente la mayor enemistad que puede haber entre ella y Dios por estimarse en tanto que se hace como Dios, y por consiguiente apeetece y desea que le den lo que se le debe á Dios, ó sea honra y gloria, cosa que Dios siente mucho y castiga con grandísimo rigor. Si no, preguntemos al rey de Tiro cómo le fué porque quiso hacerse Dios. *Todo este mal os ha venido* (conviene á saber: que andéis como bestia paciendo hierba por los campos) *porque se os subieron los humos á la cabeza*, y allá en vuestro corazón, que no lo oyó nadie, *dijisteis: soy Dios* (1). ¡Qué de diosillos hay ya como éste en el mundo, que, aunque no osan decir con la boca que lo son, lo están diciendo allá dentro en sus corazones! Habéis de adorar y glorificar ya á los señores y señoras de la tierra como á dioses, y hablarles de rodillas, aunque seáis sacerdotes. Y aun úsa-

(1) *Eo quod elevatum est cor tuum, et dixisti: Deus ego sum.*—Ezeq., 28-2.

se esto entre gente que trata de oración; que de tal manera se llegan á ella, que no quieren perder un punto de su autoridad y vanidad de mundo, como si se pudiesen dar las manos Dios y el mundo. Viene un ángel del cielo, muy resplandeciente, á tratar con San Juan algunos secretos de los de allá, y el Santo vase luego á hincar de rodillas para hablarle, y dícele el ángel (1): «No hagas tal cosa: siervo soy del Altísimo, como tú; á Él se le debe esa gloria y honra, que á mí no, ni á alguna otra criatura. ¡Cosa extraña que no consienta un ángel que un hombre de tierra le hable de rodillas, y una hija del lodo y nieta de la nada quiera ser hablada pecho por tierra!». ¿Quién más honrado y más principal que San Pedro? Pues jamás consintió que Cornelio, capitán romano, le hablase palabra hasta que se levantó de tierra. Siempre los Santos se recelaron de la honra y la tuvieron por muy peligrosa.

En los actos de los Apóstoles (2) se lee que, haciendo San Pablo y San Bernabé grandes milagros en la ciudad de Listria, y queriéndolos por esto los ciudadanos adorar como á dioses y ofrecerles sacrificio, con grandísimo pesar y sentimiento de semejante desatino saltaron luego en medio de la gente, y rasgando sus vestiduras de ver que les diesen la honra que á sólo Dios

(1) *Vide ne feceris.*—Apoc., 19.

(2) *Act.*, 10.

se debía, dijeron (1): «Mirad que somos hombres, y que no es bocado ése para nosotros: á Dios verdadero se debe la gloria y honra; que nosotros no somos más que pregoneros suyos». Otro caso le sucedió á San Pedro semejante á éste: Saliendo él y San Juan un día del templo, con su sombra curó un paralítico, lo cual causó grandísima admiración en los circunstantes; y viendo el Apóstol que ponían en él los ojos, como en más que hombre, con gran brío les dijo: ¿Qué miráis? ¿Pensáis que por nuestra virtud hicimos que éste anduviese? No por cierto, sino por la de Cristo; Él merece y á Él se le dé la gloria de este hecho, que no nosotros. No consintieron los Santos que de ésta se les pegase ni una brizna.

Cuenta la Divina Escritura que, peleando el pueblo de Dios contra los amalecitas, en tanto que Moisés tenía las manos levantadas vencían los suyos, y, en bajándolas, luego iban de vencida (2). Y siendo esto así, alcanzada la victoria, hizo el Santo edificar un altar y púsole este título: *Dominus exaltatio mea*. Dios es mi honra y mi gloria; por Él he triunfado de mis enemigos. Este sobrescrito debíamos todos de poner á nuestras obras. *Dominus exaltatio mea*. A Vos

(1) Viri fratres, quid hoc facitis? Et nos mortales sumus similes vobis homines, annunciantes vobis ab iis vanis converti ad Deum vivum.—Act., 14.

(2) Exod., 17.

sea, Señor, la honra y gloria que se os debe. Y el que piensa que algo de esto le pertenece, ó que es algo, vive muy engañado. El Apóstol lo dijo bien claro (1): «Si siendo nada, como de verdad sois, os tenéis por algo, vos mismo os engañáis, que otro no os engaña». Mirad vos lo que sois, y veréis que no sois nada, y así no os tendréis por algo. Y no es menester que salgáis de vos para saber quién sois, que escrito está (2): Dentro de ti mismo tienes bien por qué humillarte. ¿Por qué presumís vos tanto de vos? Porque salís de vos á pensar que sois lo que no sois, y volvéis á vos lleno de lo que no sois y olvidado de lo que sois. Sois polvo, ceniza y nada, y pensáis que sois de materia del Cielo, y que frisáis con los ángeles y con Dios en merecimientos, y de ahí nace que queréis que os adoren todos como si no fuesen y sólo vos fueseis. Todos son nada en vuestra consideración, y vos sois el algo; y es mentira, que vos sois la nada, aunque andéis cubierto de seda y oro y tengáis más hermosura que Narciso y Venus y más riquezas que Tántalo y Creso.

Bien nos aconseja el divino Apóstol (3). «No seamos, dice, hechos codiciosos de gloria vana, porque perderemos la paz y caridad unos con

(1) Qui existimat aliquid esse, cum nihil sit, ipse se seducit.—Gal., 6.

(2) Mich., 6.

(3) Gal., 5.

otros». «Dime, hermano, dice Crisóstomo, ¿no sabes que es vano lo que sobre vano se funda? Si piensas que eres algo no siendo nada, ¿no es vano ese tu pensamiento? Por cierto sí es; pues toda la gloria que sobre él se asentare, ¿no será vana como él? Claro está. Pues eso te dice el Apóstol: No seas hecho codicioso de gloria vana». Todo lo que el mundo te puede dar es vano, porque ni tiene fundamento firme (que al fin es la nada que tú piensas ser algo), ni tiene verdad, según que lo dijo uno de aquellos santos Macabeos á sus hijos por estas palabras (1): «La gloria del hombre pecador y vano, aunque tiene las apariencias de verdadera gloria, estiércol es y gusanos, ni te ha de traer provecho; porque escrito está: *Toda carne es heno, y toda la gloria de ella como la flor del campo*» (2). ¿Qué puede durar la flor que se funda en el heno? Lo que dura el heno; pues lo mismo pasa de la gloria que estriba en tan vano fundamento como el que tiene quien piensa que es algo siendo nada. Y no hay fundamento en el mundo tan firme para los varones espirituales como el conocimiento de su nada. Porque ¿quién jamás edificó sobre nada?

Todo esto hemos dicho para que ninguno se atreva á decir con el rey de Tiro que es Dios, ni tome la divinidad si, como á nuestra madre

(1) Mac., 2.

(2) Isai., 40.

Eva, se la ofreciere el demonio; porque sienta mal sobre tan vil lodo cosa de tanto precio; y si aún alguno tiene humos de divinidad, oiga lo que dice San Buenaventura: «¡Oh hombre soberbio, imitador de Lucifer, respóndeme! ¿Porventura piensas que eres Dios, ó ignoras que todas las cosas son obras y hechura de las manos de Dios? Si entiendes y presumes que algo de lo que tienes es tuyo y que tú lo hiciste, sin duda ninguna te confiesas por Dios. Pero pasemos adelante, para que se descubra más tu locura y se reprima. ¿No es muy grande necesidad gloriarse de lo que es ajeno como si fuese propio? Pues si todo lo que hay es de Dios y nada tuyo, gloriándote de alguna cosa ¿no públicas y manifiestas á todos por tu confesión que eres necio y loco? Y si esto no conoces, no te llares hombre, pues no eres sino bestia que carece de razón. Óyeme, loco de atar: si quieres gloriarte y no parecer necio, excluye de ti las cosas que no son tuyas, y gloriáte de lo que quedare en ti tuyo. Pero mira que si excluyes lo que no es tuyo, que te convertirás en la nada, que eras antes que fueses. Luego de nada se ha de gloriarse el que no quisiere incurrir en la vanidad. Gloriáte, pues, de los dones que hacen al hombre grato á Dios. ¿Sabes que tienes alguno? No por cierto. Y si los tuvieses y fuesen muchos, por el mismo caso que te gloriases los perderías. Mas concedámoste que tengas estos dones; veamos cómo los tie-

»nes y posees. Esta justicia ¿no te la dió Cristo
 »á ti, ingrato siervo, como un paño limpísimo,
 »de balde y á su costa, y tú no cesas de man-
 »char este paño con sangre, menstruoso de cul-
 »pas? Y ojalá no excediera tu desvergüenza y
 »locura á la de las mujeres ramera, entre las
 »cuales ninguna hay tan deslavada y raída que
 »de su menstruo se gloríe, antes todas se con-
 »funden y avergüenzan de tratar con gentes en
 »tal tiempo. Ni hay desposada que se atreva á
 »manifestar esta miseria á su desposado, por
 »muy querido que sea. Pues, necio, ¿por qué te
 »glorías en la malicia? ¿Cómo recuentas tus
 »buenas obras, que, según Isaías (64,6), seme-
 »jan la inmundicia de paños asquerosos? Si,
 »como las mujeres en su cuerpo, sola una vez en
 »el mes padecieras el achaque de enlodar tu
 »alma, parece que tenías alguna ocasión de glo-
 »riarte; pero avergüénzate y duelete, porque
 »ese flujo es en ti cotidiano y perpetuo. Y si
 »tanto más tienes de tu cosecha y algún bien
 »por parte de Dios, deja de gloriarte en ti y
 »gloríate en Él, y mira lo que dice Él mismo
 »por un profeta (1): *Tu perdición, Israel, de ti la
 »tienes, y el ayuda y favor para salvarte Yo sólo te
 »lo doy, y mío es*».

(1) Oseas, 18.



CAPITULO XXI

DE CÓMO EL AMOR DE DIOS, SIENDO EN NOS-
 OTROS EL PRIMERO, ES RAÍZ DE TODOS LOS
 BIENES, Y ÉL PROPIO LO ES DE TODOS LOS
 MALES.

Si cual es la raíz del árbol son los frutos, ta-
 les serán los del amor cual él fuere, y aun
 todas las cosas que pensáremos, habláremos é
 hiciéremos. Porque no se piensa ni se habla sin
 amor, el cual dijeron los filósofos *ser causa de
 todo*. Boecio dice: «Con amor los cielos se jun-
 »tan y los elementos se conciertan en los com-
 »puestos, los animales cohabitan juntos, las ciu-
 »dades se conservan, y cualquiera república re-
 »cibe aumento». Con amor fabricó Dios el mun-
 do y le gobierna, y la forma de todas las co-
 sas que quiere de nosotros es el amor. San
 Dionisio dice: «No consintió el divino amor que
 »el Rey de los reyes y Señor de los señores fue-
 »se estéril en Sí mismo; y así como por amor se
 »derramó y comunicó fuera de Sí á todas sus
 »criaturas, así se deleita y trata de reducirlas y